

POR ANTONIO ÍNIESTA

La Limosna

La limosna, que es un acto de caridad consiste en dar, de palabra o de obra, dinero u otra cosa material o espiritual a quien se la pide, sin esperar devolución ni recompensa. Puede ser enjuiciada desde muchos puntos de vista. Puede, por tanto, hacerse de muchas maneras, algunas de las cuales, a mí particularmente no me dejan satisfecho. Me refiero, naturalmente, a hacer la limosna en frío, sin que medie ningún amor entre el que da la limosna y el que la recibe.

Pero antes de meternos en el tema, quiero trasladarme a aquella época en que yo era joven, y para mi suerte o mi desgracia, más que darla yo precisaba de esa ayuda.

Recuerdo cuando el pobre llegaba a la puerta de mi casa, —entonces las puertas de las calles estaban más abiertas que ahora— y antes de pedir la limosna, rezaba, o más bien recitaba, una oración para mover a caridad los corazones de los que vivían en aquella casa de vecinos, todos de una situación económica más o menos holgada, menos la mía, que no holgaba por ninguna parte.

Como digo, nos recitaban una oración o nos contaban las enfermedades de su familia, todos llenos de los males de aquella época. Después decía aquello de que "Dios se lo pagará". Naturalmente algo sacaba, aunque no fuera más que un pedazo de pan, que era besado al recibirlo. Después ya no sabíamos del destino de aquel pan que pasaba a engrosar una talega de coscurros.

Todo ha cambiado con el paso del tiempo. La limosna ha sido canalizada y el mendigo ya no dice

oraciones y el "Dios se lo pague" se oye en rarísimas ocasiones. Te dice gracias, de mala gana, si es que te lo dice, pues hay como una humillación soterrada en el hecho de recibir una limosna. A algunos yo he tenido que sacarle con sacacorchos el "Dios se lo pague" más que nada para darle a entender que aquello de que dar y recibir es un acto religioso, dentro del cual se encuentra Dios.

También ha cambiado esta manera de pedir y así vemos en las calles principales de los pueblos a unos señores de la mendicidad, que han sujetado con cuatro piedras una hoja de periódico, o con una caja, donde se van depositando las monedas, —ya no quieren ni el pan, ni las ropas—, sin que el pobre se moleste en pedir. Así, ¿es bueno, es malo el procedimiento? No lo sé. Lo que sí sé es que la limosna en cualquier circunstancia, siempre es buena.

Yo soy un pequeño limosnero, (y por ello pido perdón a Dios por mi tacañería) y no disminuyo mi hacienda ni aumento la del otro, y por este motivo he tenido que escuchar, como a modo de reprimenda, que ese dinero se va a gastar en vino, que ese mendigo tiene vídeo en su casa y una libreta de ahorros. Y puede que lleven razón. Pero por una pequeña cantidad que doy, no le voy a pedir la partida de nacimiento, ni una nota detallada de su economía. He respondido tímidamente, como cogido en falta, que el pobre también es hijo de Dios, y si en un momento dado se bebe un vasito de vino, ¡alabado sea Dios! Y siempre he cerrado mi defensa con aquello tan manido de que "hoy

Jesús se me ha presentado de gitano o de mutilado a probar mi caridad".

Pero me siguen acosando ¿Y Cáritas? Y otra vez vuelven a llevar razón. Cáritas es un santo instrumento de la caridad, que canaliza y distribuye sus donativos y recursos sabiamente. Pero por 5, 10, 26 pesetas que dé no voy a ir a buscar a Cáritas. pero siguen exponiendo razones: aumente su aportación anual. Con esto me estoy refiriendo a ese trato con el pobre mendigo, de esa mirada espiritual que se cruza entre el que da y el que recibe, de ese hacerse solidario, de ese amor, en una palabra, que es fundamento de la caridad. Podemos dar una pequeña limosna y amor de un millón de pesetas. Pero por favor, no me digáis que esto ya no se lleva. "A los pobres siempre los tendréis con vosotros". Son palabras del evangelio.

En la mente de Jesús, como Hijo de Dios, ya estaba presente ese mendigo, al que hoy no le has dado nada, ni siquiera una mirada, porque lo digamos o no, el mendigo está discriminado.

Si el pobre se toma un vasito de vino, que lo haga sin rencor, con alegría de corazón. Pero ojo, un vaso de vino nos acerca a Dios, no nos sepan de Él.

SONETO A LA LIMOSNA

No me dejes, Señor que dividido,
mi corazón se olvide de las penas
que no escuche el sonar de esas cadenas
del preso que se muere en el olvido

El mendigo que pide cohibido
con esas manos de miseria llenas,
que te llama medroso y al que apenas,
le das un poco de lo que ha pedido.

Que me pierda, Señor, si mi deseo
no es del que me dice su tristeza,
y al que no le sonrío ni proveo.

Que me asuste, Señor, mi devaneo,
si el corazón no abraza la pobreza,
del que me está pidiendo y que no veo.